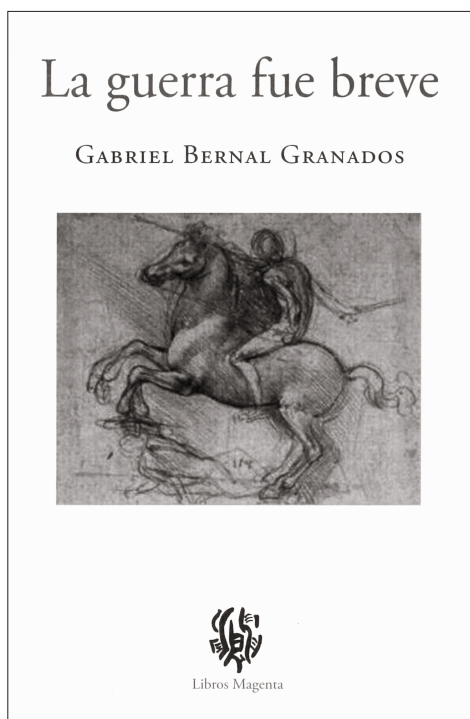


# Los magisterios

Geney Beltrán Félix



No pasó en vano el siglo: el xx, en literatura por lo menos, fue el largo momento de una consolidación cultural como en el país no se había presentado: el siglo de oro mexicano en las letras, pues, ya tuvo lugar. Antes tuvimos ciertamente figuras aisladas en la brega contra pedestales adversos (una monja jerónima, un cura escurridizo), o algunos caudillos letrados que por encima del país civil-guerriero-siempre buscaron durante el xix crear instituciones humanísticas con las que se asegurara la regeneración.

Y ahora atestigüamos una continuidad: desde los años de 1920 las promociones literarias se suceden en un escenario estable y escuchador, con mentores y mecenas, con editores y (como Dios manda, nunca suficientes) polémicas: sin guerras ni exilios ni siberias ni helicópteros lanzando cuerpos sobre el océano en el caso de nadie que *solamente* escriba.

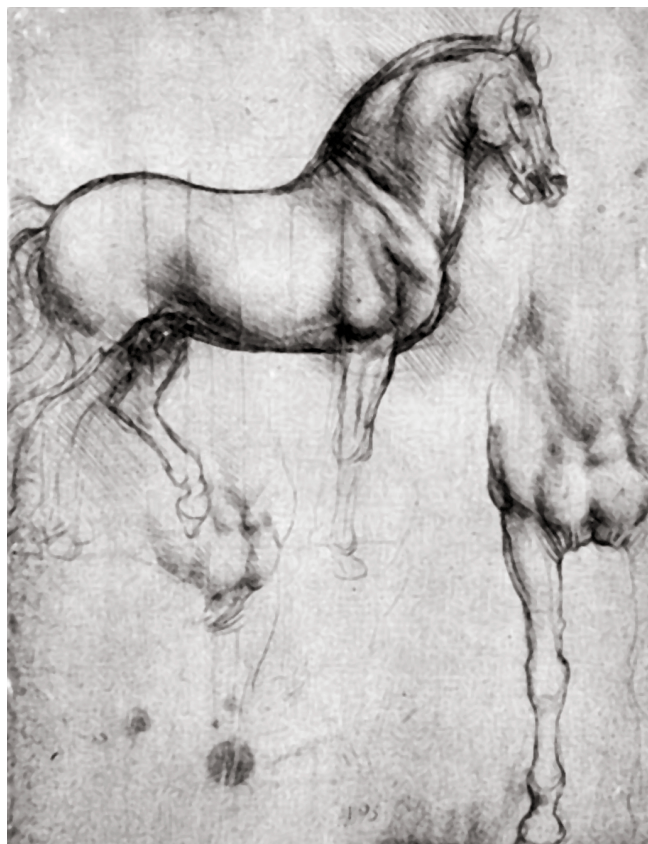
El siglo de *Piedra de sol* y *Pedro Páramo* luce un brillo poderoso aunque pétreo, y éste ha sido el pacto: la continuidad y hasta la caricia del Estado a cambio de la literatura-que-no-salga-de-sí-misma. La piedra literaria que brilla para pocos y cada vez menos. ¿Y nos hemos resignado? ¿Habría algún problema si así fuera? No soy de los que se avergonzarían de la endogamia intelectual (tampoco la aplaudo por principio): pues 1) quien escribe no tiene por qué ser un promotor de la lectura, y 2) no le hallo caso a urgir la seducción de una masa de lectores —que de cualquier modo mantienen un muy exiguo interés en lo humanístico— si eso implicara el abaratar, el adelgazar, el volver una cosa desarmada aquello que, por crítico, tiene el cómo para incordiar con un enfoque extrañado, una dicción dificultosa, una (como pedía Macedonio Fernández) conmoción concienical. Etcétera: eso que ya está muy dicho sobre la escritura, sí —aunque siga sin ser falso.

Y como en México no se han presentado rupturas bélicas desde hace ochenta años, y como el mecenas y ogro estatal ha buscado evitar la profusión de exiliados, esa continuidad del xx ha dado pie, por una parte, a una tradición orgullosamente libresca y elitista, y de la cual Salvador Elizondo sería un referente (¡país de tantos autores decultos!), y también a una reiteración de magisterios: buena legión de los escritores publican y envejecen aquí —no exiliados, quiero decir—, de modo tal que las afinidades tienen libre cauce para unir en papel, o vivencialmente, a maestros y discípulos.

*La guerra fue breve* podría ser visto como un libro resultado de esta continuidad, de esos magisterios. Gabriel Bernal Granados —elizondiano, elitista— es un escritor de dotes clásicas: un estilo preciso e irónico, un

caudal cultísimo de referencias “pasatistas”, un entrecruzamiento de la ficción, la autobiografía y el talante reflexivo. Su libro, promiscuo en la vecindad de ensayos y relatos —más logrados aquéllos que éstos—, revisa el retrato del artista joven en la pintura y la novela, la “muerte” del narrador, las impurezas del estilo, la calvicie de quien escribe, la “imposibilidad” de la crítica cuando se lee a los contemporáneos, las confrontaciones del escritor con la familia propia. Como narrador, en Bernal Granados no encuentro soltura, nervio ni vivacidad; sus personajes son escritores y no seres-humanos-que-son-escritores. Tibios, si no es que olvidables. Ese escaso carisma fabulador no demerita, sin embargo, al ensayista que hace la apología de la biblioteca y la torre como emblemas del refugio intelectual, de la desengañada castidad ante ese ahora-ruidoso que nada comprende de la vida del intelecto, del matiz emocional que se encierra en la relación con los libros.

Ahora que la reflexión en torno de lo actual —la tecnología, los aeropuertos, el cinismo— pareciera asegurar la pertinencia discursiva de casi cualquier argumento (la novedad se ha vuelto un valor en sí), *La guerra fue breve* se da la media vuelta hacia el anaquel del bibliómano, la sala solitaria del museo. ¿Qué significa hablar del pasado, en un hoy que emite tantos estímulos apasionantes y distractores? Lentamente detenido ante un cuadro de Rembrandt, Bernal Granados señala un vínculo que justifica su ir y venir entre las épocas: el presente es la piel visible del pasado, lo que dejaría ver que no se es menos actual ni menos pertinente si en vez de fotografiar el color-local de nuestro tiempo se enuncian las relaciones de intimidad del intelecto y la emoción con la carne, no fósil, de lo-muy-anterior.

Leonardo da Vinci, *Estudio de caballo*, 1505Leonardo da Vinci, *Caballo relinchando*, 1505

Acaso cuando nuestros iconos contemporáneos se vean tan desfasados como vemos hoy, diez años después, a los celulares del tamaño de un zapato, estas búsquedas pasatistas, que no se dejan engañar por modernolatría ninguna, seguirán vivas, agazapadamente inquietas, gracias al moroso placer que le otorgan el estilo irónico, la divagación desencantada.

Bernal Granados se ratifica como una voz afín a la franja alfonsina —no a la vasconceliana— de nuestra ensayística. No es la idea volcánica erupcionando con énfasis ante el gesto pulcro de la sintaxis; es, en cambio, la dicción modulada (atenta a ejercer la crítica de sí misma) como un disolvente lento, el arma de un reformista moderado que busca amalgamar de manera armónica las ideas ajenas y las intuiciones propias. He aquí una forma propia del diálogo como el vehículo transmisor de un magisterio que une conservadurismo y originalidad:

“La apuesta de Borges era, precisamente, reformar el idioma, modelarlo de nuevo, sin infligirle variaciones ostensibles. La suya era una poética del estatismo como única forma de llevar a cabo una remoción”, escribe Bernal Granados, en una afirmación que trasluce, discerniéndolos en un clásico, los modos de su propio carácter prosista.

Contrariamente, podríamos argüir que esta minoría intelectual de la que hablo en el caso del círculo literario mexicano caería en un error al tomar como signo honorífico eso que (me refiero a su torre, su biblioteca) puede llegar a convertirse en la coraza insensible, en la justificación del autismo amoroso. Quizá se trata de esto: no importa que Esos Pocos Que Leen tomen a veces el rostro invisible de un lector ninguno (sordo, cuando no improbable), que sólo pone atención ante el fácil escándalo del mediático. Importaría no ignorar que la ensayística alfonsina, esmerada de estilo y ca-

rismática en el zigzag divagador, ha de enriquecerse si asume, en síntesis posible, su “situación”: el desde-dónde-se-habla, ese aquí de tantos matices que por tener un pasado tiene entonces el deber de asegurarse un futuro. ¿Y eso, cómo? No en los temas, sino en la actitud. No a fuerzas hablando del presente, sino revelando el tono que usa esta época, en sus sensibilidades más sutiles, para mirar al pasado. Bernal Granados recurre para estos efectos a la apropiación erudita y la lucidez crítica, a la ironía y el desencanto. Es decir: deglutiendo y luego, dentro de la misma escritura, sigilosamente impugnando —la del XXI no ha de ser el epígono comentarista de la literatura mexicana del siglo XX— esa herencia fértil, ese largo peso de los magisterios. ▣

Gabriel Bernal Granados, *La guerra fue breve*, Libros Magenta, Narradores de la Ciudad, México, 2009, 181 pp.

**Bernal Granados recurre para estos efectos a la apropiación erudita y la lucidez crítica, a la ironía y el desencanto.**